

Arqueología de la Arquitectura e iglesias de planta central en Navarra: algunas reflexiones metodológicas *

Juan Antonio QUIRÓS CASTILLO

Área de Arqueología. Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología. Universidad del País Vasco

Abstract

The situation of the Navarre Rotundas in Torres del Rio and Eunate is dealt on the methodological side of the archaeology of architecture – a new born discipline which tries to analyse the architectonic phenomenon with archaeological tools and, in particular, by means of a stratigraphical reading of the building. Five different stages of intervention of the Holy Sepulchre in Torres del Rio are described. For the hermitage of Santa María di Eunate di Valdizarbe the stratigraphical reading allowed to identify two principal interventions.

1. Introducción

La Arqueología de la Arquitectura es una disciplina de reciente definición que pretende analizar la historia del fenómeno arquitectónico recurriendo a modelos interpretativos y a un bagaje instrumental de naturaleza arqueológica (Quirós Castillo 2005). Una de las bases teóricas sobre las que fundamenta su forma de actuar parte de reivindicar los valores históricos y documentales de las arquitecturas que estudia desde una perspectiva estratigráfica. De hecho, una de las principales aportaciones que ha realizado la Arqueología de la Arquitectura ha sido reconocer que el edificio histórico es un objeto estratificado, fruto de una historia singular y diferente de otras arquitecturas. De la misma manera que no existen dos yacimientos arqueológicos idénticos, y por lo tanto es preciso decodificar cada uno de ellos de forma individual para resaltar sus particularidades y sus analogías, la experiencia acumulada en la lectura arqueológica de edificios históricos ha mostrado que cada edificio cuenta con una historia propia que hay que reconocer.

Otro elemento básico que caracteriza la práctica de la Arqueología actual es el desarrollo de marcos interpretativos complejos que superan los planteamientos tradicionales de carácter evolucionista o difusionista. Fue en el curso de la segunda mitad del siglo XIX cuando se elaboraron estos paradigmas como formas para explicar el cambio histórico, aunque estos modelos han perdurado casi hasta

nuestros días, aunque lógicamente de forma muy matizada. Las bases del difusionismo, tal y como han sido trazadas por los principales estudios historiográficos, parten de la idea de que el progreso sólo se produjo una vez, por lo que los descubrimientos, las técnicas y las formas se han transmitido mediante la difusión (movimiento de ideas o de modelos) o a través de la migración (movimiento de personas). De esta manera los procesos históricos o las analogías entre los materiales arqueológicos se explicaban a partir de la existencia de centros principales desde los que irradiaban prácticas funerarias, objetos o estilos.

Pero el difusionismo no ha afectado únicamente a la Historia y a la Arqueología. Así por ejemplo, no debe extrañarnos que precisamente en este mismo período se hayan acuñado términos como “románico” para definir el arte del primer período medieval, creyéndose derivado del romano, o se hayan puesto las bases para explicar la difusión de este estilo a partir de núcleos primigenios. Asimismo Viollet-le-Duc – autor que ha tenido un papel central en la creación de las bases epistemológicas de la historia de la arquitectura – en estos mismos decenios ha desarrollado una teoría estilística destinada a tener una larga fortuna, aplicándola de forma práctica en las restauraciones de numerosos conjuntos arquitectónicos (la “restauración estilística”).

Igualmente se puede encontrar en la obra de este autor los primeros estudios que asocian o iden-

tifican los edificios de planta central con el templo de Santo Sepulcro de Jerusalén mediante un proceso de copia de un modelo, de tal manera que las iglesias octagonales debían de atribuirse a la orden del Temple. Esta propuesta interpretativa, que ha tenido una amplia aceptación entre los estudiosos de la historia de la arquitectura, parte de la existencia de modelos ideales que, supuestamente, los canteros medievales conocían y aplicaban a la hora de diseñar y trazar las arquitecturas.

El problema de la imitación estilística elaborada sobre bases idealistas ha sido igualmente abordado por parte de la Arqueología en el estudio de la cultura material explorando tanto las complejas implicaciones que tienen las analogías formales, como los procesos de transmisión tecnológica y formal en época preindustrial. Los resultados a los que ha llegado a través de estos trabajos ha sido el abandono del difusionismo o el evolucionismo como modelos explicativos y la sustitución de los modelos interpretativos tradicionales por otros nuevos entre los que destaca la aportación del materialismo histórico (Mannoni 2004; Johnson 2000).

De hecho, en el caso del estudio arqueológico de las arquitecturas se ha privilegiado el reconocimiento de las técnicas y de las culturas constructivas radicadas sobre un territorio, con el fin de explicar en términos sociales el fenómeno arquitectónico. No se quiere negar con ello la importancia de las lecturas estilística y tipológicas del fenómeno arquitectónico, pero la propia organización de la producción y la dimensión social que tiene la actividad arquitectónica nos obliga a adoptar puntos de vista alternativos (Quirós Castillo 2002).

Teniendo en cuenta estos antecedentes, el objeto del presente trabajo será el de realizar una revisión crítica de dos de las iglesias de planta central navarras que han merecido una mayor atención por parte de los estudiosos: Nuestra Señora de Eunate en Muruzábal y el Santo Cristo en Torres del Río. Estas iglesias, situadas en el trazado del Camino de Santiago, han sido objeto de numerosas investigaciones durante todo el siglo XX, de tal manera que cuentan con una bibliografía muy rica y abundante¹ que han aportado interpretaciones muy variadas de estas construcciones en función de sus características plantas centrales.

Los primeros trabajos, realizados a inicios del siglo XX por autores como Zorilla, Altadill o Huici, atribuyeron ambas construcciones a la orden del Temple siguiendo el criterio estilístico definido

por Viollet-le-Duc decenios antes. Poco después G. King propuso desde nuevas bases que Torres del Río debería de relacionarse con la orden del Santo Sepulcro a partir de algunos elementos morfológicos presentes en la construcción y sugiriendo la participación de canteros mudéjares en su realización, lo que explicaría los elementos de tradición islámica presentes en el edificio.

Desde nuevas posiciones E. Lumbert publicó en los años 1926 y 1928 dos influyentes artículos dedicados a ambas construcciones y en las que se identificaban ambas iglesias como capillas de carácter funerario, apoyándose en la existencia de escaleras exteriores y en la presencia de edículos o “linterna de muertos”, conservada en Torres del Río y perdida en Eunate. De esta manera se planteaba una propuesta alternativa basada igualmente en criterios formales y en analogías con otros edificios, en este caso franceses. Además, a partir de esta publicación los estudiosos tratarán conjuntamente ambos templos relacionándolos entre sí desde varios puntos de vista.

Las aportaciones posteriores han desarrollado, con numerosos matices y valoraciones, estas posiciones, subrayando en todo caso la importancia de los caracteres islámicos por parte de autores como Camps Cazorla, J. Gudiol o J. A. Gaya Nuño. Entre las principales aportaciones se puede señalar la de J. Yárnoz, quien durante los años cuarenta, en ocasión de la restauración de Eunate, pudo demostrar que en Eunate no había habido ningún edículo superior; la de J. M. Lacarra, quien atribuyó a la Orden del Santo Sepulcro la iglesia de Torres del Río a partir de noticias documentales y propuso relacionar Eunate con capillas nobiliarias documentadas en el siglo XII; la de Durliat, quien confirmó la atribución de Torres del Río a la misma orden apoyándose en la representación del templo hierosolimitano en uno de los capiteles de Torres del Río, etc.

Sin pretender ser exhaustivos, en el caso de Torres del Río los estudios más recientes realizados sobre la documentación escrita han probado que la iglesia pertenecía, al menos desde inicios del siglo XIII, a la orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, a la que probablemente hay que atribuir su fundación en el siglo anterior. Igualmente se han revisado las analogías formales y estilísticas existentes entre el Santo Sepulcro de Jerusalén y el de Torres del Río, resaltando igualmente el carácter funerario que tuvo esta construcción como lugar de

enterramiento de ricos personajes (Fernández Ladreda 2004: 35, 271-277; Martínez de Aguirre, Gil Cornet 2004: 29-30).

Las investigaciones más recientes realizadas sobre Eunate, una vez que han descartado su función como hospital de peregrinos y su atribución a las ordenes del Temple o del Santo Sepulcro, han explorado otras interpretaciones. Ya desde el siglo XIX algunos autores piensan que podría haberse tratado de la iglesia parroquial de un despoblado, y de hecho se menciona como tal en el siglo XVI, aunque autores como J. M. Jimeno Jurío (1995: 100) cuestionan esta interpretación. La documentación escrita, por su parte, muestra la existencia, desde al menos el año 1219, de una cofradía en Onat (Eunate), a la que pertenecería la iglesia según las Constituciones del año 1487 y la documentación de los siglos siguientes. De hecho, el mencionado J. M. Jimeno Jurío considera que Eunate sería una iglesia de carácter funerario de la propia cofradía (Jimeno Jurío 1998: 46-53). Otros autores, en cambio, manteniendo el carácter funerario del edificio, consideran verosímil a la tradición, documentada desde el siglo XVI, de que fue una “noble dama” la promotora de esta obra (Fernández Ladreda 2004: 279).

En síntesis, los estudios recientes excluyen la existencia de una raíz común que permita vincular ambas construcciones, más allá de presentar una planta octogonal. Tomando como punto de partida este estado de la cuestión, el presente estudio pretende analizar, desde un punto de vista técnico y constructivo, ambas iglesias con el fin de profundizar en la historia edilicia de cada una de estas construcciones que, como veremos, tienen una evolución muy diferente entre sí.

Para ello se ha llevado a cabo una evaluación crítica de la potencialidad arqueológica de los edificios en alzado y una lectura de los paramentos a pie de obra. Una investigación más exhaustiva requeriría una observación directa y cercana de las fábricas mediante un andamiaje o una pluma teniendo en cuenta la altura de los paramentos, así como una documentación gráfica de detalle, de la que hasta el momento no se dispone.

Estas observaciones arqueológicas se han complementado con un estudio sobre los materiales de construcción y sus procesos de alteración debido a la necesidad de verificar, tanto aspectos básicos del proceso productivo (áreas de extracción, volúmenes de piedra necesaria), así como la incidencia

que ha tenido la degradación de los materiales en la conservación de los edificios (ver texto de L. M. Torres).

Se pretende, en todo caso, en un próximo trabajo integrar las presentes observaciones con un análisis más exhaustivo de las fábricas y de los materiales de construcción.

2. Santo Sepulcro de Torres del Río

El templo del Santo Sepulcro de Torres del Río se encuentra emplazado en la localidad de Torres, documentada desde el siglo XII en el trazado del Camino de Santiago, y que cuenta con varios edificios eclesiásticos entre los que se encuentra la iglesia objeto de estudio (fig. 1).

Si bien nuestra iglesia cuenta con una abundante bibliografía, contamos con una excelente síntesis actualizada que recoge de forma analítica todas las aportaciones precedentes y realiza una descripción y análisis muy detallado del templo (Martínez de Aguirre 2004).

Se trata de un edificio octagonal de dimensiones reducidas, aunque muy estilizado, del que sobresale el ábside semicircular al este y una torre de escaleras que permite el acceso a la cubierta en el extremo opuesto (fig. 2). Cuenta con un único ingreso dispuesto en el lado meridional del templo. En alzado el octágono está articulado en tres niveles separados por cornisas, de manera que el sector inferior es liso; el primer piso presenta arcos de descarga ligeramente apuntados y una serie de ventanitas de arco de medio punto articulan el piso superior. La cornisa, que cuenta con una decoración muy elaborada, reposa sobre una serie de modillones igualmente decorados. El ábside, cubierto por una bóveda de horno, está iluminado por una única ventana, en este caso carente de decoración. Culmina la cúpula un edículo octagonal muy estilizado que replica la división en tres niveles del octágono inferior mediante el uso de cornisas. En el edículo se abren cuatro ventanas en los puntos cardinales, y presenta un acceso en el lado oeste que permite la comunicación con la torre de escaleras antes mencionada.

El interior del templo está igualmente articulado en tres niveles divididos mediante cornisas ajedrezadas, de los que los dos primeros son lisos, con excepción de dos ventanas abiertas en los paños adyacentes al ábside, mientras que el tercero está



1. - Vista general de la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Navarra).

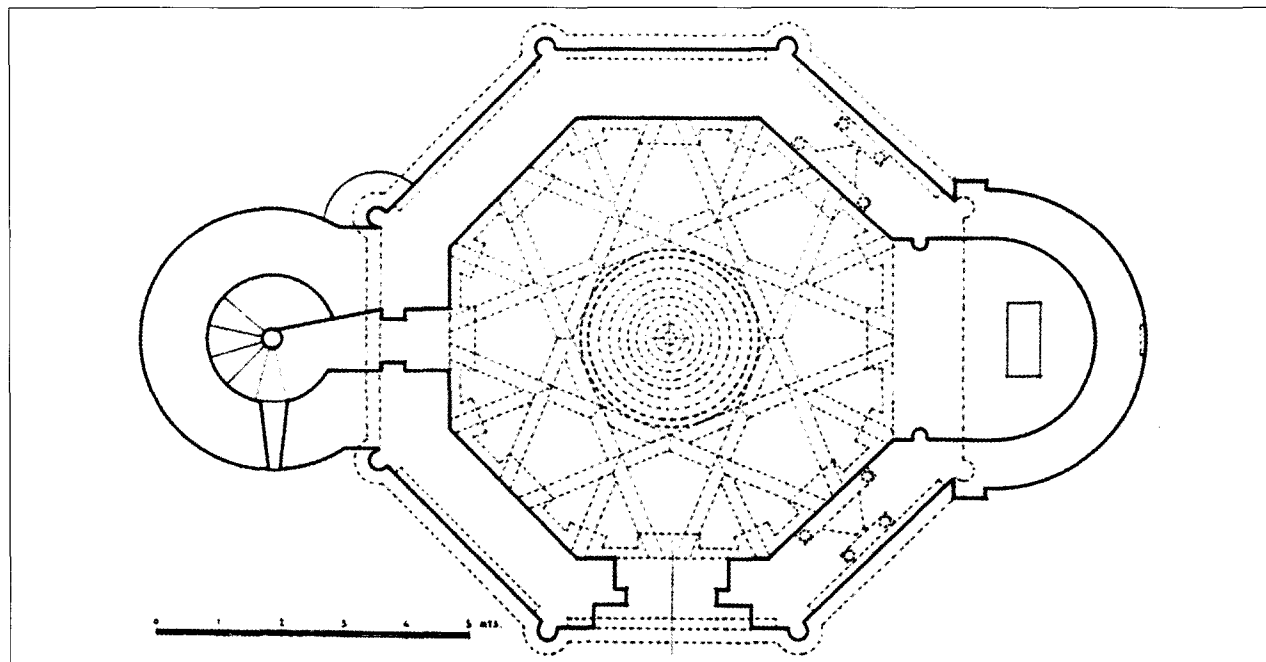
ocupado por una bóveda de ocho nervios dobles de sección cuadrada que se entrecruzan dejando libre el centro. Cuenta asimismo con un importante apa-

nar que las excavaciones arqueológicas preventivas realizadas en el año 1993 en ocasión de la última restauración del edificio permitieron sacar a la

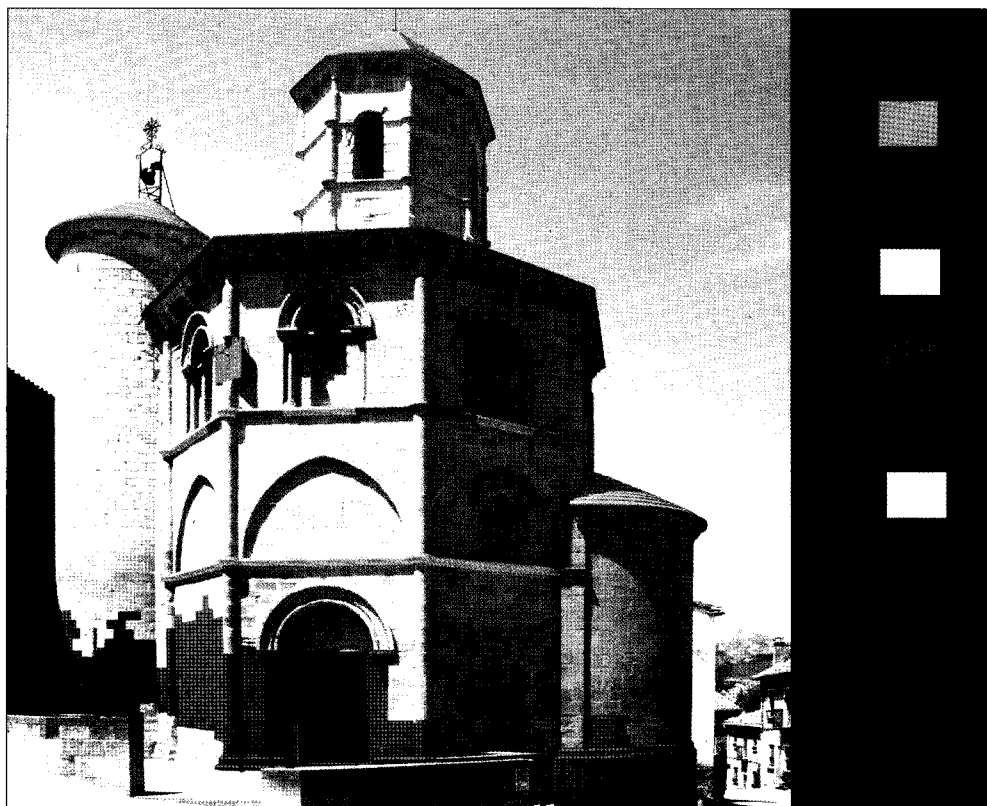
rato decorativo, tanto en el interior del templo como en las ventanas que iluminan la mencionada bóveda, destacando el empleo de ocho celosías a las que se ha querido reconocer una influencia languedociana.

Tal y como se ha señalado, nuestro estudio es de pretensiones modestas, teniendo en cuenta la cantidad y la calidad de las investigaciones realizadas sobre este edificio (Martínez de Aguirre 2004) y ha consistido esencialmente en el análisis de las técnicas y de los materiales de construcción utilizados en la obra, con el fin de determinar su secuencia constructiva (fig. 3).

No obstante, antes de presentar la secuencia constructiva hay que mencio-



2. - Planta de la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Navarra), según J. Martínez de Aguirre y L. Gil Cornet.



3. - Lectura estratigráfica del lado sur de la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Navarra) con indicación de las distintas fases individualizadas.

Primera fase

La primera fase constructiva identificada se corresponde con la realización de los tres cuerpos del octágono principal de la iglesia (fase 1a). El paramento de esta fase ha sido realizado mediante sillares de areniscas miocénicas blandas, que es el material predominantemente utilizado en la arquitectura histórica de este sector navarro. Los materiales provienen con toda seguridad de frentes de cantera bien estratificados situados en proximidad de la

luz los restos de una ocupación anterior a la construcción del templo. Más concretamente, el hallazgo de nueve silos realizados con anterioridad a la construcción del templo (Unzu 1995) permite intuir la existencia de una ocupación de carácter doméstico previa a su edificación.

El hallazgo de silos excavados en la tierra, frecuentemente de sección piriforme, constituye uno de los elementos más frecuentes que caracteriza el registro arqueológico de las aldeas altomedievales en buena parte del norte peninsular. Normalmente aparecen asociados a agujeros de poste y construcciones de madera de carácter doméstico, de manera que en varios sectores alaveses cercanos no faltan ejemplos de este tipo de asentamientos (p.e. Gil 1988; Azkarate 2001). Su datación resulta muy compleja, puesto que tras su abandono estos silos se han utilizado como basureros, por lo que únicamente se puede documentar el momento de abandono de los mismos.

A la luz de estos hallazgos podemos concluir que la iglesia de Torres del Río fue implantada sobre un área residencial o de carácter doméstico, de la que únicamente se han recuperado las estructuras de almacenaje de cereal.

propia localidad de Torres del Río (ver el texto de L. M. Martínez-Torres).

La propia estratificación de los materiales y su sedimentación permiten extraer sillares de alturas homogéneas (comprendidas entre los 22-35 cm aproximadamente). Las piezas han sido labradas mediante un tallante utilizado en sentido diagonal y dispuestas en hiladas horizontales y paralelas entre sí de distintas alturas. La única marca de cantero presente en el edificio se sitúa en la columna meridional que se encuentra en el ábside, y representa la cruz de la Orden del Santo Sepulcro que está igualmente representada en el tímpano de la portada de acceso a la construcción.

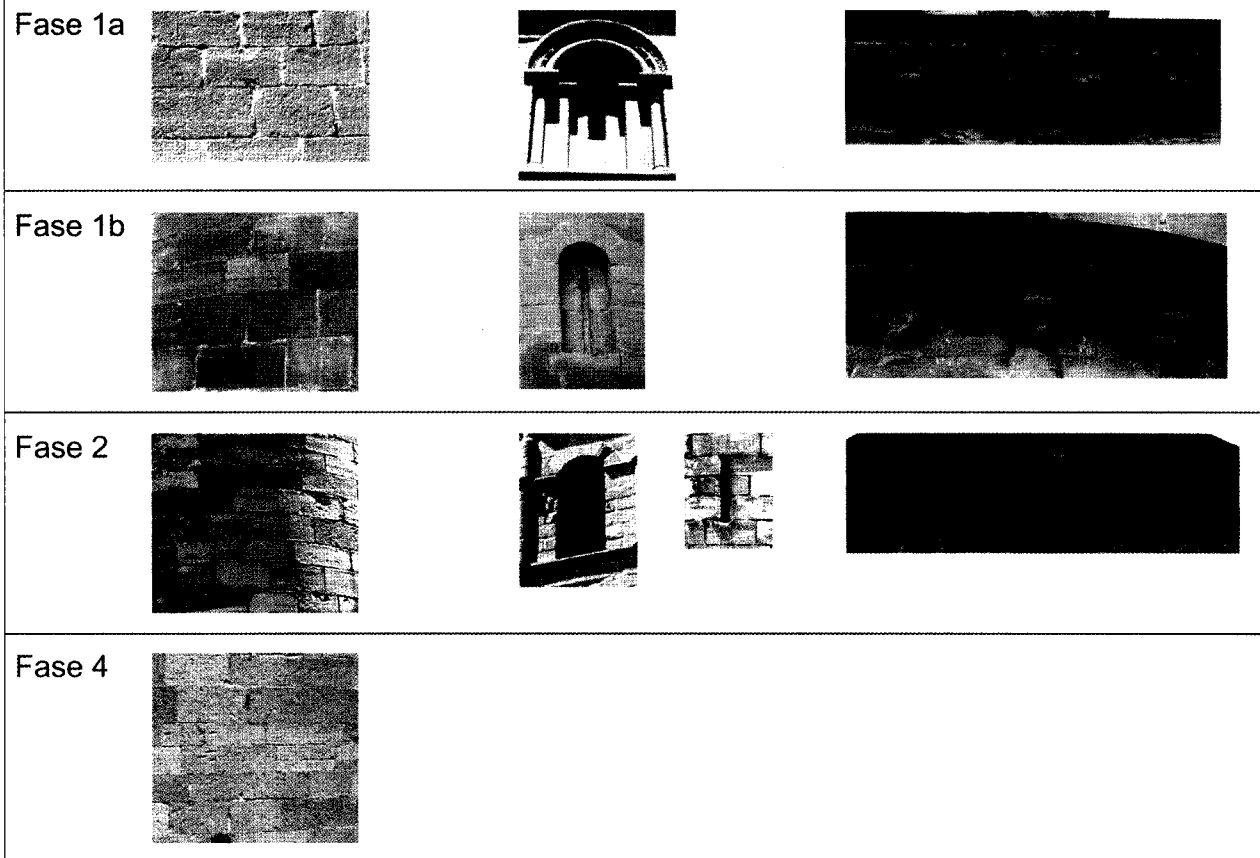
Hay que señalar que la moldura de cornisa que remata el edificio está decorada con bolas y sustentada mediante modillones polilobulados, de idénticas características a las ménsulas que soportan los nervios en el interior del edificio (fig. 4).

El análisis de los paramentos nos muestra que estamos en presencia de un proyecto unitario y planteado por una cuadrilla de canteros que probablemente ejecutó la obra en tiempos reducidos, ya que prácticamente no se reconocen diferentes etapas de obra.

ERRATA CORRIGE

La didascalia della figura 3 di pagina 161 diventa:

3. - Lectura estratigráfica del lado sur de la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Navarra) con indicación de las distintas fases individualizadas (fase 1a, en verde; fase 1b, en azul; fase 2, en amarillo; fase 3, en morado; fase 4, en rojo; fase 5, en azul claro).



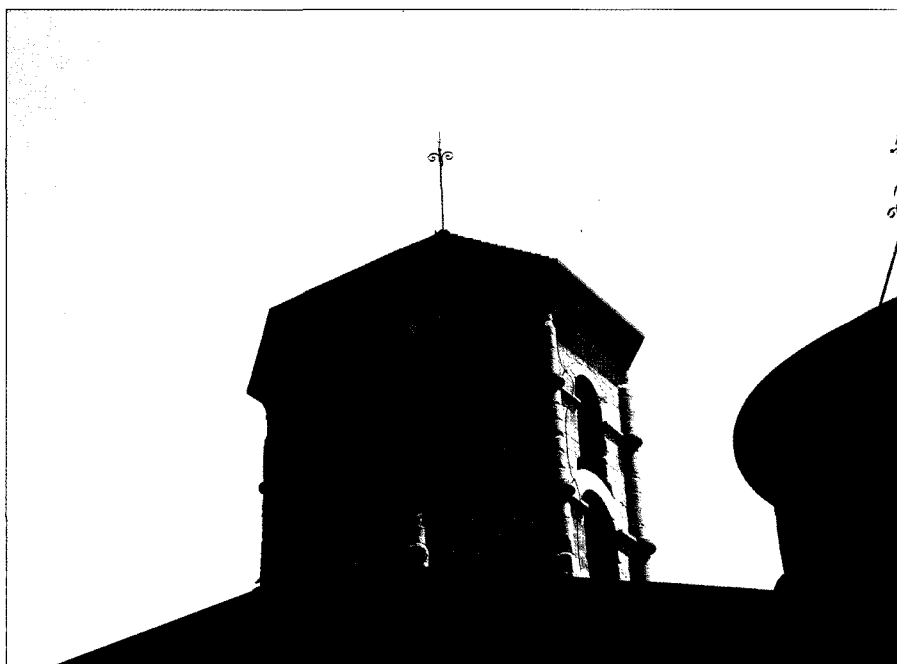
4. - Discriminantes cronotipológicas de las principales fases constructivas de la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (Navarra).



5. - Detalle del contacto existente entre al ábside y el octágono de la iglesia de Torres del Río (Navarra).

La única excepción está representada por el ábside semicircular del edificio (fase 1b). En uno de los trabajos pioneros dedicados a esta iglesia, S. Huici sostuvo que el ábside se habría añadido en un segundo momento, resaltando la carencia de elementos decorativos de la ventana que ilumina el propio ábside, y que contrasta notablemente con las restantes aperturas del edificio (fig. 5).

En realidad no resulta demasiado sencillo establecer si pertenecen al mismo momento constructivo el octágono y el ábside, ya que dos pilastras situadas en el contacto entre ambos cuerpos no permiten verificar con claridad las relaciones estratigráficas existentes entre ambos. Apoyaría el argumento de la contemporaneidad el despiece de los sillares, que mantienen la misma altura de las hiladas. En cambio, los argumentos que permiten pensar que estamos en presencia de una etapa de obra diferenciada serían de carácter compositivo y estratigráfico. En términos estratigráficos la fábrica del ábside se apoya a los paramentos del octágono, interrumpiendo el desarrollo de las columnas angulares. Asimismo desde un punto de vista constructivo el ábside presenta una serie de particula-



6. - Detalle del edículo que culmina la iglesia de Torres del Río (Navarra) y en la que se puede observar el acceso al mismo desde la torre de escaleras.

ridades que permiten diferenciarlo de la etapa anterior. Entre estas hay que resaltar la ventana abocinada carente de ornamentación, que contrasta claramente con las del octágono o la moldura de la cornisa sustentada por canecillos más sencillos.

Según los especialistas, la pertenencia del templo a la orden del Santo Sepulcro explicaría la analogía de este templo a nivel compositivo con el modelo hierosolimitano (Fernández Ladreda 2004: 272-275).

Por lo que se refiere a la cronología de esta fase, hay que señalar que la primera mención documental cierta de la existencia de la iglesia es del año 1215 en una bula papal en la que se menciona explícitamente la “iglesia y casa del Santo Sepulcro de Torres con el hospital y todas las libertades y pertenencias suyas”. Con todo, distintos especialistas han situado su cronología en torno a los años 1160-1170, basándose tanto en la documentación escrita como en las características de la escultura decorativa (Fernández Ladreda 2004: 276).

Segunda fase

En un segundo momento constructivo se adosó en el lado Oeste una torre destinada al alojamiento de una escalera de caracol y se colocó la linterna octagonal rematando la cúpula del octágono abriéndose un acceso que comunica con la mencionada torre. Como resultado de esta adición, una de

las ventanas que iluminaban la cúpula del octágono fue cegada y en el interior de la iglesia fue abierta una puerta en el paramento occidental para permitir el acceso a la mencionada escalera (fig. 6).

La nueva fábrica fue realizada con sillares igualmente de arenisca, aunque el módulo es más pequeño que en la fase anterior. Las piezas han sido labradas igualmente con un tallante, aunque el instrumento se utiliza de forma distinta, en sentido vertical. Las diferencias son igualmente evidentes en las juntas y en el aparejado de los bloques, lo que facilita el

reconocimiento de los procedimientos constructivos de ambas fases edilicias.

Mientras que la adscripción de la torre a un segundo momento ha sido aceptada prácticamente por la totalidad de los autores, no se ha planteado su contemporaneidad con la linterna situada en la cúpula del edificio, generalmente atribuida a la primera fase constructiva. Únicamente S. Huici, en el artículo ya mencionado, había señalado que la linterna de Torres habría sido añadida en un segundo momento para servir de campanario, aunque pensaba que la torre se habría realizado aún después.

Los elementos que justifican la atribución de ambos elementos a la misma actividad edilicia son por un lado, el despiece, el módulo y la talla de los sillares, que presentan características muy diferentes respecto a la fase anterior; igualmente, y a nivel compositivo, hay que señalar que son también evidentes las analogías que presentan las molduras de las cornisas y los canecillos lisos que la sustentan, especialmente si se comparan con los canecillos decorados de la fase precedente y con las ménsulas de apoyo del interior del templo.

Por otro lado, la contemporaneidad de la obra resuelve uno de los problemas funcionales que plantea la interpretación constructiva de la obra; la aparente contradicción que plantea la realización de una escalera en un momento posterior a la obra, rompiendo la unidad del proyecto inicial (ver Martínez de Aguirre 2004: 41, 96). De hecho, si



7. - Paramento de la iglesia de Torres del Río (Navarra), donde son evidentes las restauraciones realizadas en los años sesenta.

pensamos que el edículo se construyó en el mismo momento que la torre de escaleras resulta evidente que se trató de una obra destinada a dotar al templo del edículo y de un acceso al mismo.

Por lo que se refiere a la interpretación funcional del edículo numerosos autores han aceptado la propuesta de Lambert que lo identifican como una “linterna de muertos”, o bien como un faro que orientaba a los peregrinos que transitaban hacia Torres del Río. El análisis estratigráfico no permite verificar estas interpretaciones, aunque una vez que se ha cuestionado el carácter funerario de esta construcción, desde nuestro punto de vista no habría que descartar que se tratase más sencillamente de una *cella* para el alojamiento de las campanas.

Con los datos actuales no es posible establecer la cronología de esta obra, aunque investigadores como J. Martínez Aguirre consideran que la construcción de la torre tuvo lugar poco tiempo después de la realización del octágono, llegando L. Gil a sugerir que su edificación tuvo lugar en el siglo XII (Martínez Aguirre 2004: 34, 41).

Tercera fase

Si bien durante las dos primeras fases edilicias se han definido las características básicas de la iglesia, las intervenciones de manutención e intervención sobre el edificio han sido muy frecuentes en los siglos siguientes. Los principales motivos que han causado estas intervenciones son los problemas de humedad que han planteado las cubiertas, tal y como ha señalado L. Gil Cornet, la alteración de los materiales de construcción (costras, alveolización, etc.) que ha estudiado L. M. Martínez-Torres, o la manutención ordinaria del templo.

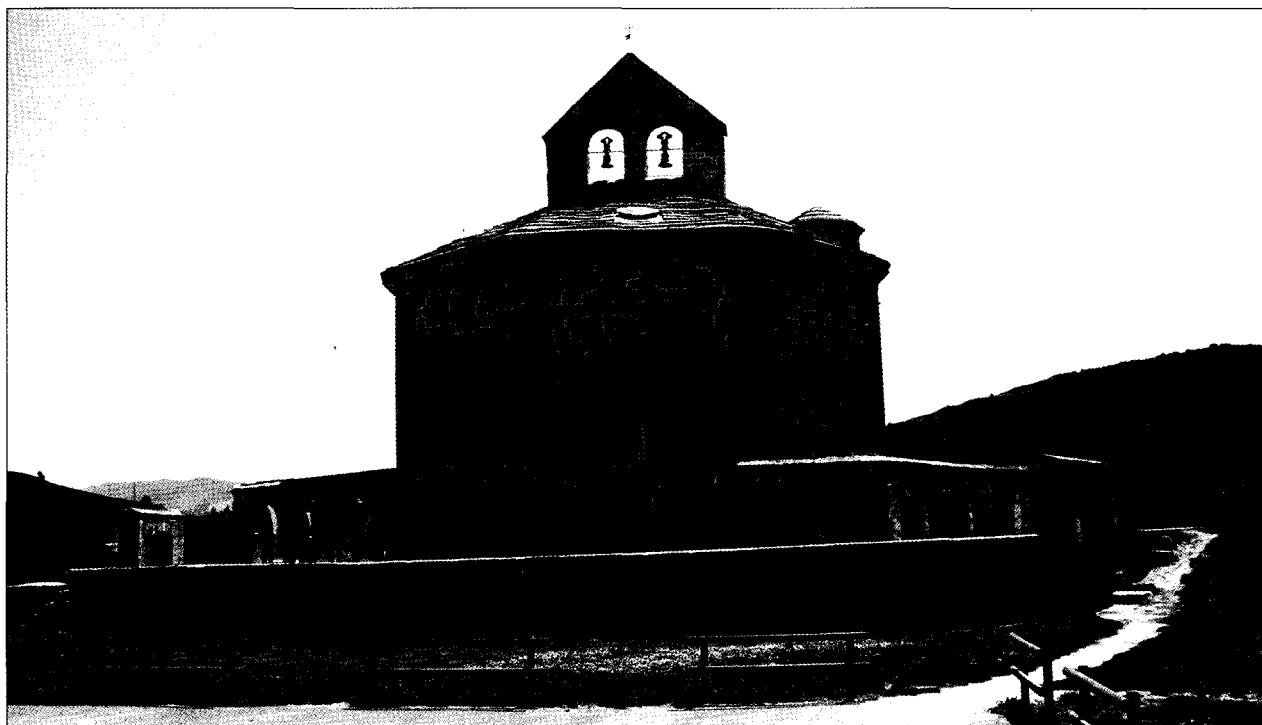
Sin embargo, no resulta sencillo reconocer la entidad de las restauraciones realizadas entre la conclusión de la segunda fase y las restauraciones del siglo XX que hemos querido agrupar en la fase tercera.

La documentación escrita nos menciona algunas de estas intervenciones. Así por ejemplo, sabemos que en el año 1622 el cantero Juan de Larrañaga realizó unas obras, aunque no sabemos de qué entidad, mientras que hacia el año 1732 el cantero Ramos de Igúzquiza llevó a cabo algunas intervenciones en la bóveda, así como en el interior del templo, donde colocó un nuevo pavimento y un banco corrido (Martínez de Aguirre 2004: 31). Asimismo, y gracias a la existencia de fotografías de inicios del siglo XX, sabemos que se ha modificado la linterna que corona el edificio y la base del ábside.

En términos estrictamente materiales, sabemos que el pavimento original fue sustituido en el siglo XVI, tal y como han mostrado las excavaciones, aunque las modificaciones parciales más relevantes se leen en los paramentos. Sin pretender ser exhaustivos, se han reconocido intervenciones puntuales tanto en el acceso a la linterna que corona el edificio como en algunos paños del segundo nivel del lado sur y noroeste del edificio, en las cornisas y arquivoltas de algunas ventanas o en la fachada meridional donde se ha colocado un reloj de sol.

Cuarta fase

Las últimas intervenciones son más conocidas y mejor legibles en los paramentos (fig. 7). En los años 1960-1963 se llevó a cabo una serie de obras de restauración dirigidas por el arquitecto José Yáñez Larrosa de las que se conserva aún memoria y algunas noticias (Martínez de Aguirre 2004:



8. - Vista general de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra).

33-35). En esta ocasión se procedió a la consolidación de la cimentación del ábside, a la sustitución de varios sillares en el torreón y en la fachada meridional de la iglesia o a la reforma del enlosado de la iglesia. Todas estas intervenciones son bien reconocibles debido a que la talla de los nuevos materiales se diferencia con total claridad de la fábrica anterior. Otros trabajos se han realizado en las cubiertas, en la portada de acceso al edificio, así como en las columnas que se encuentran en las aristas del octágono.

Quinta fase

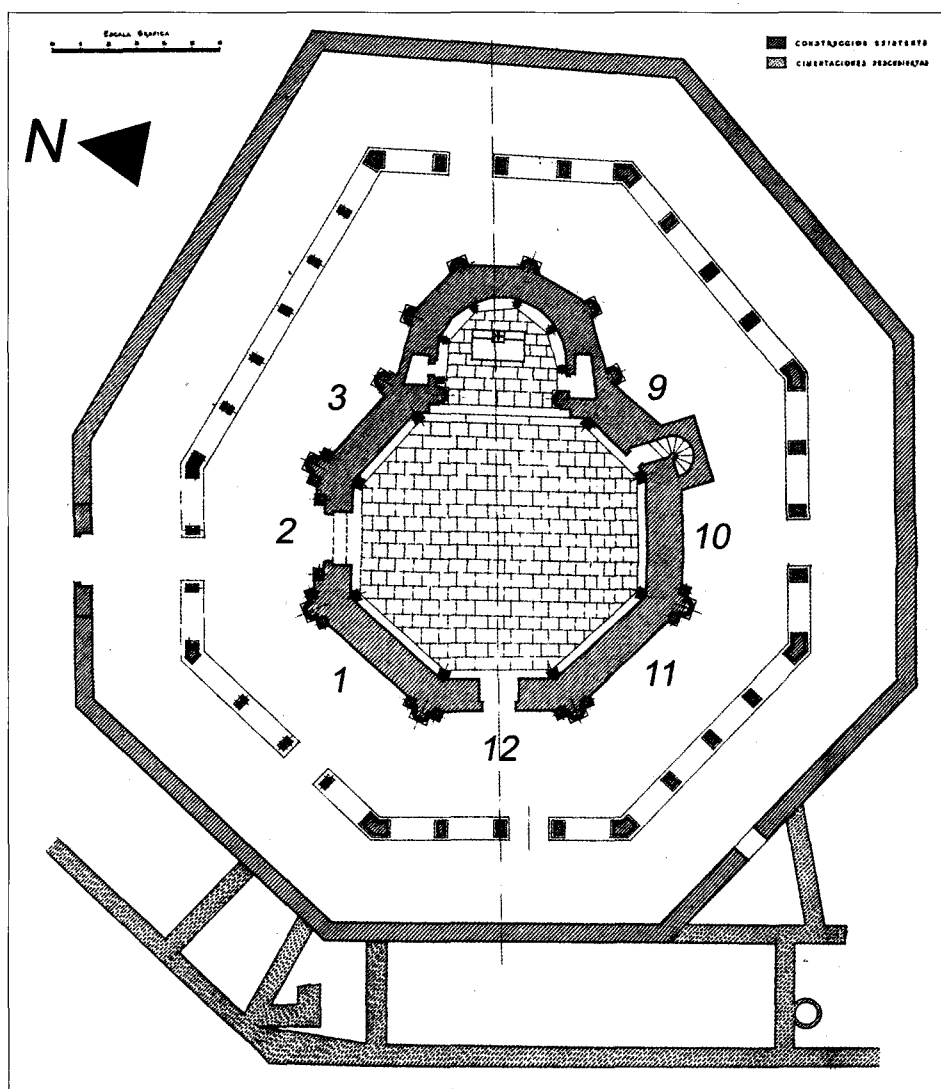
En el año 1993 la institución Príncipe de Viana ha llevado a cabo las últimas intervenciones que se han concentrado esencialmente en las cubiertas, la pavimentación, donde se han creado una cámaras de aire para evitar la humedad, así como en las cornisas y en las impostas que marcan la diferencias entre los distintos niveles de la construcción (Martínez de Aguirre 2004: 35-37).

En síntesis, la lectura arqueológica del edificio ha permitido reconocer el proyecto constructivo original, identificado por las investigaciones recientes como una conmemoración y evocación del Santo Sepulcro atribuible a la orden homónima,

respecto a las intervenciones posteriores que han comportado esencialmente el añadido de un templete en la parte superior de la iglesia y de una torre de escaleras que permite el acceso al mismo. Teniendo en cuenta esta secuencia creemos que debería descartarse su identificación como templo funerario propuesta en su día por E. Lambert, teniendo en cuenta además que las excavaciones no han hallado enterramientos en el interior del templo. Desechada asimismo la atribución a la orden del Temple, J. Martínez de Aguirre concluye taxativamente que “la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río guarda una relación modelo-copia con respecto al Santo Sepulcro de Jerusalén. Esta imitación sigue pautas propias de la arquitectura medieval, época en la que – como estudió Krautheimer – no se reproducían los modelos en todos sus detalles” (Martínez de Aguirre 2004: 98).

3. Ermita de Santa María de Eunate de Valdizarbe

La ermita de Santa María de Eunate de Valdizarbe es una construcción de planta octogonal con lados desiguales, dotada de una arquería peri-



9. - Planta de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra) según Institución Príncipe de Viana, publicada por Fernández Ladreda et al. 2004, con indicación de los distintos paños.

metral igualmente de lados desiguales (fig. 8). Sin pretender ser exhaustivos en su descripción, pues el edificio ha sido analizado en numerosas ocasiones, el octágono cuenta con un ábside poligonal y una torre prismática en el paramento sur en el que se encuentra una escalera que da acceso a la cubierta. A la iglesia se accede mediante dos ingresos; el principal al norte y otro al oeste (fig. 9).

Los paños exteriores están articulados en arcos de descarga ligeramente apuntados salvo en el lado sur, donde se dispone la torre de escaleras. Solamente en dos tramos, uno oriental y otro meridional, se han abierto dos ventanas en el interior de los arcos mencionados, aunque en el interior del edificio hay otras tres ventanas cegadas. El ábside, en cambio, se presenta mucho más articulado, ya que presenta en cada uno de los cinco tramos ven-

tanás de medio punto abocinadas, de las que dos son ciegas.

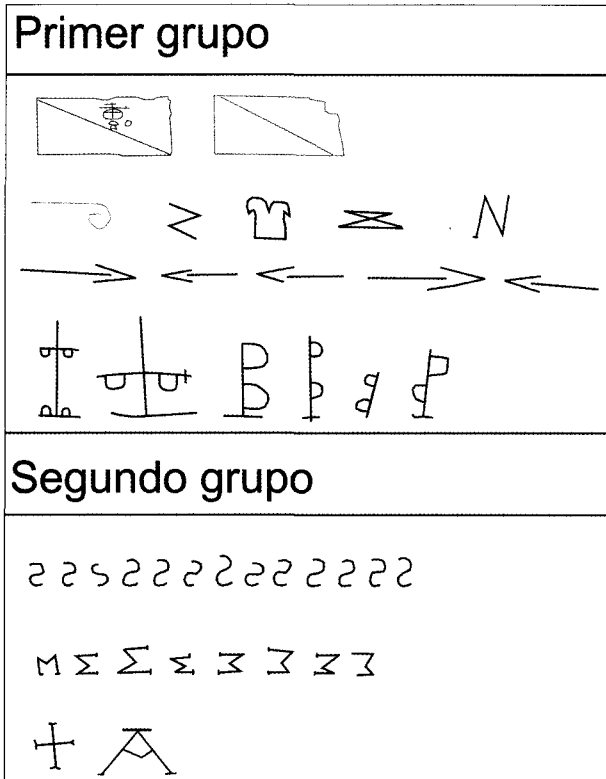
La cubierta del edificio abovedada emplea ocho nervios que arrancan de columnas dispuestas en las esquinas del octágono en las que se aprecia la irregularidad del trazado del edificio. En la plementería de la bóveda se abren ocho lucernarios octogonales y hexagonales con el fin de iluminar el edificio, y en el exterior de la cúpula se sitúa una espadaña de doble arco, que en la actualidad cuenta con una única campana. La cubierta actual, realizada en lajas de arenisca, era al menos en época moderna de teja, tal y como nos muestran la documentación conservada.

Por lo que se refiere a la arquería perimetral, varios autores – apoyándose en las características estilísticas de los capiteles conserva-

dos – sostienen que probablemente fue realizada después de la conclusión de la iglesia. En todo caso los brazos del lado sur fueron reconstruidos en el año 1652 por el maestro cantero Juan de Galbán, mientras que el brazo este, el situado en proximidad del ábside fue concluido en el año 1661 por Juan de Migura y Ezponda (Jimeno Jurío 1999).

Cronológicamente el edificio se suele fechar en el último tercio del siglo XII, teniendo en cuenta que la primera mención de la cofradía de Onat es del año 1219 (Fernández Ladreda 2004: 280).

En esta ocasión nuestra atención se ha puesto esencialmente en la iglesia, ya que el claustro cuenta con una buena documentación de referencia. La lectura arqueológica de la iglesia ha permitido concluir que su realización fue bastante uniforme, aunque son muy evidentes las huellas de las



10. - Marcas de cantero reconocidas en la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra).

numerosas restauraciones que ha sufrido a lo largo de la historia.

Por lo que se refiere al proceso de construcción de la iglesia, la lectura estratigráfica, apoyada en este caso por un análisis de la distribución de las numerosísimas marcas de cantero legibles en el paramento (fig. 10), ha permitido reconocer dos etapas de obra principales.

En ambos casos se recurrió al mismo material constructivo, una arenisca miocénica que aflora a unos cuatro kilómetros del edificio (ver el texto de L. M. Martínez-Torres). Como ya hemos señalado, se trata de un material de labra fácil con la que se han realizado sillares regulares de alturas variables comprendidas entre los 24 y los 35 cm de altura que han sido labrados mediante el empleo de un tallante utilizado en diagonal (fig. 11).

La primera etapa se correspondería con la realización del ábside y de los paramentos perimetrales hasta la altura de los arcos de descarga aproximadamente en los lados 1, 9, 11, así como en los accesos (lados 2 y 12). En los lados 3 y 10, en cambio, las marcas de cantería permiten pensar que el paño realizado en esta etapa alcanza la base de las ventanas abiertas en estos tramos. Aunque la



11. - Detalle de la técnica constructiva empleada en la realización de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra) en su segunda etapa, en la que son evidentes las marcas del tallante utilizado en la talla de los sillares.

coloración de los materiales constructivos asociados a esta etapa se presentan más oscuros, los estudios realizados por L. M. Martínez-Torres han excluido que se trate de un material extraído en diferentes canteras, ya que este efecto estaría causado esencialmente por las alteraciones sufridas por la arenisca. Los distintos signos lapidarios presentes en los paños han de ser interpretados como signos de identidad que se utilizarían con toda seguridad como instrumento de cuenta a la hora de realizar los pagos correspondientes (Van Belle 1983). En función de los tipos de marcas y su distribución se puede estimar que en esta primera etapa participó un grupo de aproximadamente 5-6 canteros diferentes, por lo que esta fase de la obra quizás pudo realizarse en tiempos breves.

En la segunda etapa, asimismo bien diferenciada por la distribución de las marcas de cantero, se culminan los paramentos del octágono y se realiza la cúpula de la iglesia. Hay que señalar que en las dovelas de las ventanas de los lados 3 y 10 se hallan dos marcas de cantero diferentes entre sí (una + y una A), orientadas en función del dovelaje, que no vuelven a aparecer en el resto del edificio, lo que podría indicar que se utilizaron como guías para el montaje (fig. 12). De hecho, el despiece de los paños asociados a estas ventanas muestra que los sillares han sido tallados de forma diferente en cada caso. En esta etapa se ha reconocido la presencia únicamente de solo dos marcas, por lo que se podría pensar que esta fase interviene un grupo más reducido de canteros.

No contamos con datos arqueológicos para



12. - Paramento del lado 3 de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra), en la que son bien reconocibles las marcas de cantero utilizadas.



13. - Detalle del ábside de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra).

saber cuándo se realizó la construcción, si entre las dos etapas de obra transcurrió mucho tiempo, o si sencillamente se produjo un cambio repentino de los maestros canteros.

Las propias alteraciones de los materiales que aún hoy en día son visibles, como el proceso de arenización o el efecto azucarillo (ver texto de L. M. Martínez-Torres), debieron de ser ya evidentes al menos desde el siglo XVII, cuando tenemos constancia documental de los problemas y las patologías que sufría el edificio (fig. 13). Así por ejemplo, en el peritaje realizado en el año 1604 del estado de la iglesia y del claustro por parte de dos canteros de la villa de Miranda, estos señalaron que los muros de la iglesia tendrían que *recalsarse* en dos o tres partes, que la cabecera *ha hecho biçio* y que en la portada principal faltaba una columna, además de otros daños presentes en el claustro (Jimeno Jurío 1999: 55-56).

De hecho, en el paramento son legibles diversas intervenciones de restauración en varios sectores de los paños exteriores (lados 2, 8, 10, 11), que en ocasiones han comportado el remontaje de materiales originales o la sustitución de los mismos. Sin ninguna duda dos de los sectores donde se ha intervenido de forma más significativa ha sido en el acceso principal norte (fig. 14), cuyo paramento cedió de manera que fue preciso llevar a cabo un remontaje parcial, y en la torre prismática donde se encuentran las escaleras de acceso a la cubierta, donde también son evidentes las huellas de estas restauraciones. En todo caso, no ha sido posible fechar la realización de estas obras, aunque la primera, detectada ya en el informe del

año 1604, bien podría haberse realizado entre este año y mediados del siglo, cuando se acomete la rehabilitación de la arquería perimetral.

Otras intervenciones, quizás de menor entidad, son asimismo conocidas a través de los registros de la Cofradía de Eunate. Así por ejemplo en el año 1593 se enlosó el pavimento de la iglesia, y en 1603 se retejó el edificio (Jimeno Jurío 1999: 54-55). En cambio no sabemos cuándo se realizó la espadaña que preside la iglesia, o cuándo se sustituyó la cubierta de teja por la de piedra.

Tenemos más noticias, en cambio, de las restauraciones realizadas en los años 1940-1943 por el arquitecto José Yárnoz Larrosa, que igualmente ha intervenido en Torres del Río. En el transcurso de estos trabajos se llevaron a cabo una serie de excavaciones que permitieron recuperar una necrópolis situada en el entorno del templo y en los intercolumnios de la arquería perimetral, así como una serie de construcciones adosadas al muro de cierre exterior oeste. Por otro lado, durante estos trabajos se llevó a cabo el desmontaje de la cubierta, lo que permitió excluir la existencia de la "linterna funeraria" propuesta por E. Lambert.

Las labores realizadas consistieron, según el mencionado arquitecto, en la reparación de la cubierta mediante el empleo de tableros de hormigón armado, en la construcción de un remate del torreón poligonal en el que se aloja la escalera de acceso a la cubierta (fig. 15), en el saneamiento del perímetro de la iglesia y en la sustitución de los sillares que «estaban en estado de franca descomposición» como resultado de la alteración de la areniscas (Yárnoz Larrosa 1945: 519-520).

Aún hoy en día estas intervenciones son legibles en los paramentos, de manera que se han sustituido parte de las ménsulas y canecillos que coro-



14. - Detalle de la portada principal de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra), en la que se aprecian las lesiones que ha sufrido este sector del edificio.



15. - Remate del torreón poligonal de escaleras de la iglesia de Santa María de Eunate (Navarra) añadido en el curso de las restauraciones de los años cuarenta.

nan la iglesia, algunas columnas de las portadas de acceso al edificio, así como algunos sillares que han sido retallados con el empleo de una gradina.

Teniendo en cuenta todos estos indicadores, es posible revisar la interpretación global del edificio. Desde nuestro punto de vista, los datos disponibles en la actualidad permiten pensar que nos encontramos en presencia de una iglesia parroquial

asociada a una aldea despoblada probablemente en siglo XV, y en la que existía una cofradía desde al menos el siglo XIII que aparece como propietaria del templo tras el abandono del pueblo.

Los argumentos que nos llevan a sostener esta interpretación se basan tanto en el resultado de las excavaciones realizadas en ocasión de la restauración del edificio como en la propia documentación escrita.

Ya se ha hecho referencia al hallazgo, en la excavaciones realizadas en los años cuarenta, de una serie de “cimientos de edificaciones” adosadas al muro de cierre exterior oeste, pertenecientes a construcciones de poca entidad, según el arquitecto que dirigió la obra (Yáñez Larrosa 1945: 517). Creemos que estas construcciones han de identificarse con los *casales* (término utilizado según Jimeno Jurío en la documentación Navarra de época moderna para referirse a casa arruinadas) que se describen en un documento del año 1520 en el que se establece un litigio entre la cofradía de Santa María de Onate y la cercana parroquia de Muruzábal:

item al derredor de dicho claustro ay muchos casales e tales que seynalan de la dicha yglesia solia ser yglesia parroquial...e no en ninguna manera basilica.

A través de este documento se puede concluir que a inicios del siglo XVI se había producido el abandono del poblado y que la iglesia había tenido un carácter parroquial. Precisamente es a partir del siglo XVI, cuando sabemos que ya está despoblado el término, que la vecina parroquia de Muruzábal pretende hacerse con los diezmos y las primicias que, hasta entonces, recibían los cofrades de Eunate. De hecho, la parroquia terminó por hacerse con las propiedades de la cofradía, ya que al menos en el año 1936 poseía la casa de la cofradía.

Por otro lado, el desolado de Onate aparece mencionado en otro documento del año 1534 mientras que en la documentación de los siglos XIII y XIV son frecuentes las menciones de personas originarias de este lugar (Jimeno Jurío 1997: 98-99). Sin embargo, la existencia de un despoblado en Eunate ha sido cuestionada debido a que esta aldea no aparece expresamente mencionada en la documentación medieval (Jimeno Jurío 1997: 100). Desde nuestro punto de vista, el argumento *ex silentio* no puede ser considerado suficientemente sólido como para cuestionar las noticias más concluyentes que recoge el propio J. M. Jimeno (1997:

98-99) y que permiten concluir que en la zona ha existido un poblado².

Resulta verosímil pensar que, si bien la iglesia surgió como un centro parroquial, pronto acogió en su seno una cofradía – documentada desde el siglo XIII –, y que esta alcanzó un mayor protagonismo una vez que se produjo el abandono de la aldea. La cofradía se encargó de la manutención de la iglesia a través del cobro de los diezmos del territorio de Eunate (lo que prueba que se produjo el abandono de las viviendas, pero no del término), y mantuvo su sede en la casa de Eunate, que habrá que identificar con la casa del guarda que en el año 1936 pertenecía a la parroquia de Muruzábal.

Si aceptamos esta interpretación, a la espera de realizar eventuales prospecciones de superficie en los campos adyacentes a la iglesia, tendríamos que aceptar que la iglesia de Santa María de Eunate fue construida en el siglo XII como iglesia parroquial de una aldea, quizás financiada por los propios habitantes del término o, si se quiere aceptar la tradición aportada por los testimonios del litigio del año 1519, por obra de una reina o de una “noble dama”. En este caso deberíamos excluir el carácter de iglesia funeraria, ya que los enterramientos hallados en su proximidad formarían parte de la comunidad parroquial, salvo excepciones puntuales (como el esqueleto hallado en los años cuarenta con una concha de peregrino).

En todo caso, el análisis del proceso constructivo nos muestra que la obra fue realizada en dos etapas en las que participan grupos de canteros diferentes. Se trata de fenómeno documentado con frecuencia en edificios parroquiales de los siglos XI y XII en los que la financiación de las obras por parte de las comunidades parroquiales no permitía un flujo constante de recursos, lo que se traducía en interrupciones o en obras de larga duración, incluso para la realización de edificios de dimensiones modestas.

4. Conclusión

Como conclusión de este trabajo se puede señalar que nos encontramos frente a dos episodios constructivos de significado y características muy diferentes entre sí. La iglesia de Eunate es esencialmente una construcción de carácter parroquial asociada a una aldea, y probablemente fue realizada en el siglo XII. En cambio, la de Torres del Río no desempeña este carácter parroquial,

función desempeñada en esta localidad por el templo de San Andrés, que aún hoy en día domina la topografía del núcleo³. En todo caso, tal y como explicita el documento del año 1215 ya mencionado, la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río está asociada a la homónima orden y cuenta entre sus pertenencias con un hospital en el trazado del Camino.

Aún admitiendo las diferencias genéticas existentes entre Eunate y Torres del Río, la historiografía no puede evitar comparar en términos técnicos y formales ambas construcciones⁴. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, no ha lugar un razonamiento de esta naturaleza, puesto que estamos hablando de dos construcciones de significado técnico, social y constructivo muy diferente.

Note

* El presente trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación BHA2002-04170-C05-05 financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia. Se quiere agradecer muy sinceramente a L. Martínez Torres los análisis y las observaciones realizadas sobre los materiales de construcción de los edificios aquí analizados, que se recoge en el estudio que acompaña el presente texto.

¹ En las recientes monografías dedicadas a ambas iglesias, Jimeno Jurío 1998: 38 ss, y sobre todo la de Martínez de Aguirre 2004: 17 ss se realiza una revisión sistemática y exhaustiva de esta bibliografía.

² De hecho, este autor termina identificando la presencia de los "muchos casales" con las ruinas del muro perimetral exterior al claustro lo que, además de presumir que en el año 1520 este muro estaba derruido (aunque no tenemos constancia de ello), le lleva a ignorar los resultados de las excavaciones realizadas por J. Yárnoz (Jimeno Jurío 1999: 54).

³ El edificio actual es del siglo XVI, aunque desconocemos si persiste sobre una construcción anterior o si el monasterio de Santa María de Torres del Río pudo desempeñar esta función.

⁴ Así por ejemplo, «Eunate viene a ser el contrapunto frente al rigor de traza y edificación patente en Torres del Río. Por todas partes tropezamos con falta de previsión, torpezas y soluciones dispares para un mismo problema» (Fernández Ladreda 2004: 279); «De la perfección arquitectónica de Torres frente a la tosquedad de Eunate inferimos que fue la ermita de Valdizarbe la que se inspiró en el templo de Tierra Estella y no al contrario» (Martínez de Aguirre 2004: 90).

Bibliografía

- Azkarate 2001:** A. Azkarate, J. A. Quirós Castillo - *Arquitectura doméstica altomedieval en la Península Ibérica. Reflexiones a partir de las excavaciones arqueológicas de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz*, en *Archeologia Medievale*, XXVII, 2001, p. 25-60.
- Fernández-Ladreda 2004:** C. Fernández-Ladreda (dir.), J. Martínez de Aguirre, C. J. Martínez Álava - *El arte románico en Navarra*, Pamplona (2ª ed.), 2004.
- Gil Zubillaga 1998:** L. Gil Zubillaga - *Los silos de la Llana (Labastida, Álava): una aproximación arqueológica al estudio de la aldea medieval de Mutilluri*, en *IV Congreso de Historia de Navarra. Mito y realidad de la Historia de Navarra*, Pamplona, vol. 2, 1998, p. 163-179.
- Jimeno Jurío 1995:** J. M. Jimeno Jurío - *Eunate y sus enigmas*, en *Principe de Viana*, 5, 1995, p. 85-120.
- Jimeno Jurío 1998:** J. M. Jimeno Jurío - *Eunate. Hito jacobeo singular*, Pamplona, 1998.
- Jimeno Jurío 1999:** J. M. Jimeno Jurío - *Eunate. Ruina y reconstrucción del claustro (siglos XVI-XVII)*, in *Principe de Viana*, 216, 1999, p. 49-68.
- Johnson 2000:** M. Johnson - *Teoría arqueológica. Una introducción*, Barcelona, 2000.
- Mannoni 2004:** T. Mannoni, E. Giannichedda - *Arqueología de la producción*, Barcelona (ed. orig. 1996), 2004.
- Martínez de Aguirre 2004:** J. Martínez de Aguirre, L. Gil Cornet - *Torres del Río. Iglesia del Santo Sepulcro*, Panorama 34, Pamplona, 2004.
- Quirós Castillo 2002:** J. A. Quirós Castillo - *Arqueología de la Arquitectura en España*, en *Arqueología de la Arquitectura*, 1, 2002, p. 27-38.
- Quirós Castillo 2005:** J. A. Quirós Castillo - *La perspectiva arqueológica en el estudio de la arquitectura*, en *Ciencia, Técnica y Arte para el estudio de la arquitectura*, Instituto Universitario de Historia Simancas, Universidad de Valladolid, en prensa.
- Sutter 1997:** H. Sutter - *Form und Ikonologie spanischer Zentralbauten: Torres del Rio, Segovia, Eunate*, Weimar, 1977.
- Unzu Urmeneta 1995:** M. Unzu Urmeneta, F. Cañada Palacio, Labé Valenzuela - *Iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río: estela funeraria*, en *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 1995, p. 623-627.
- Van Belle 1983:** J. Van Belle - *Les signes lapidaires: essai de terminologie*, en *Actes International du III Coloque de Glyptographie de Saragosse*, Braine-le-Château, 1983, p. 29-43.
- Yárnoz Larrosa 1945:** J. Yárnoz Larrosa - *Las iglesias octogonales en Navarra*, en *Principe de Viana*, 21, 1945, p. 515-533.